

## CAPÍTULO VII

EL LUTERANISMO EN VALLADOLID Y OTRAS PARTES DE CASTILLA LA VIEJA.—DON CARLOS DE SESO.—FRAY DOMINGO DE ROJAS.—LOS CAZALLAS.

I. Primeros indicios de propaganda luterana. Introduccion de libros por Guipúzcoa y el reino de Granada.—II. Noticias de Casalla. Fr. Domingo de Rojas. D. Carlos de Seso, el bachiller Herreruelo, etc., antes de su proceso.—III. Descubrimiento del conciliábulo luterano de Valladolid. Cartas de Carlos V. Mision de Luis Quijada á Valladolid.—IV. Auto de fé de 21 de Mayo de 1559.—V. Auto de fé de 8 de Octubre de 1559. Muerte de D. Carlos de Seso y Fr. Domingo de Rojas.—VI. ¿Fue protestante el autor del *Crotalon*?

I.—PRIMEROS INDICIOS DE PROPAGANDA LUTERANA.—INTRODUCCION DE LIBROS POR GUIPÚZCOA Y EL REINO DE GRANADA.



UEDAN reunidas en los capítulos anteriores cuantas noticias hemos podido allegar de los primeros reformistas españoles, es decir, de los que divulgaron su doctrina ó imprimieron sus obras fuera de España.

Dentro de la Península tardó más en propagarse la herejía, y antes de los autos de Valladolid y de Sevilla, poco es lo que con certeza sabemos.

Como prueba de la vaguedad y confusion que en los primeros momentos reinaban entre los españoles acerca de las doctrinas luteranas, pueden citarse las famosas cartas de D. Juan Manuel, embajador en Roma en tiempo de Leon X. El cual diplomático, en 1520,

cuando comenzaba la sedicion luterana, aconsejó cándidamente al emperador que, en sus desavenencias con el Pontífice, se valiera como instrumento «de un tal Fr. Martin Lutero, que predica y publica grandes cosas contra su poder pontificio; dice que es gran letrado, y tiene puesto al Papa en mucho cuidado, y le aprieta más de lo que quisiera»<sup>1</sup>.

Pero pronto llegaron las cosas á tal estado, que nadie pudo llamarse á engaño, y ya en 21 de Marzo de 1521 dirigió el Papa un Breve á los gobernadores de Castilla, en ausencia de Carlos V, previniéndolos contra la introduccion de los libros de Lutero. En 7 de Abril el Cardenal Adriano dió á los inquisidores orden de recogerlos, si algunos habian llegado; providencia que se repitió en 1523, encargándose al corregidor de Guipúzcoa la más exquisita vigilancia en la frontera. El inquisidor Manrique circuló las mismas órdenes en 11 de Agosto de 1530, y mandó hacer una visita en las librerías para confiscar los libros del heresiarca sajón, «que se introducian disimulados con otros títulos»<sup>2</sup>.

En 25 de Junio de 1524, Martin de Salinas, comisario ó solicitador de los negocios del infante D. Fernando en la corte de su hermano Carlos V, escribe desde Búrgos á su señor el infante: «V. A. sabrá que de Flandes venia una nao cargada de mercadería para Valencia, y á vueltas de la mercadería traía dos grandes toneles de libros luteranos (*sic*): la nao fué presa de franceses, y despues fué recobrada por los nuestros y traída á San Sebastian, y haziendo memoria de los bienes que en ella venian fueron hallados los dos toneles de libros: los quales fueron llevados á la plaza y quemados: no pudieron dejar de ser tomados algunos libros, y háse puesto tanto recaudo en los recobrar, que certifico á V. A. que, si la nao llegara á Valencia, que no pongo duda fuera peor que lo de allá, y tambien si en Guipúzcoa quedara alguna simiente, sólo Dios bastara á lo remediar, porque en la verdad algo dello han usado en el tiempo pasado que era la pena de Amboto, y agora con les refrescar aquello y saber quanto allá se usa, ellos entrarán de voluntad en este negocio, porque hay tanta memoria de lo del Lutero, que en otra cosa no se habla»<sup>3</sup>.

Si el peligro era grande en las provincias Vascongadas por el re-

1. Estas cartas están en la coleccion Salazar (Academia de la Historia), y las divulgó Llorente (tomo III, pág. 29, edición de 1822).

2. Llorente, tomo III, pág. 105.

3. Registro ó libro de cartas de Martin de Salinas, fol. 97. (Biblioteca de la Real Academia de la Historia, C-73.) Me comunicó esta peregrina noticia, y la siguiente, mi querido amigo el docto y hábil paleógrafo D. Manuel de Goicoechea.



cuerdo de la herejía de la Peña de Amboto, no había de ser menor en el reino de Granada, por la abundancia de moriscos mal convertidos y propensos á todo error y revuelta. Allí también se intentó la propaganda, del modo que consta en otra epístola de Martín de Salinas al infante, fecha en Madrid á 8 de Febrero de 1525: «Habrà ocho dias que á S. M. vino nueva de un caso harto rezió y peligroso..... Dios nos quiere hazer tan señalada merced que no da lugar á tanto mal como hay gentes que lo quieran hazer..... Los venecianos tienen por costumbre, como V. A. sabrá, de enviar sus galeazas repartidas de tres en tres por el mundo, y las tres que ora tienen por costumbre de venir cargadas de cosas que nos traen poco provecho, esta vez cargaron de mucho daño..... Su mercadería era traer mucha suma de libros del Lutero, y diz que tantos que bastaban para cada uno el suyo, y para los mejor emplear acordaron de venir en un puerto del reino de Granada, donde no es menester muy gran centella para encender gran fuego, y quiso Dios que el corregidor, en siendo sabidor dello,prehendió capitanes y gente y embarazo, y tomó todos los libros y los tiene á buen recaudo, y ha hecho saber á S. M. lo que sobre ello pasa: su embaxador solicita por ello: no sé el despidiente que terná: paréceme que por las dos partes más peligrosas han ya dado dos tientos, que era por Vizcaya y por el reino de Granada: plegue á Dios de nos guardar como sea su servicio»<sup>1</sup>.

Á pesar de los temores del agente de D. Fernando, ni en Vizcaya ni en Granada prendió el fuego. Los focos del Luteranismo fueron entre nosotros Valladolid y Sevilla. Comencemos por los protestantes castellanos.

II.—NOTICIAS DE CAZALLA, FR. DOMINGO DE ROJAS, D. CÁRLOS DE SESO, EL BACHILLER HERREZUELO, ETC., ANTES DE SU PROCESO



ALLADÓLID era, en tiempo del emperador Carlos V, no sólo la residencia habitual de la corte, y la más importante de las villas castellanas, sino una de las más ricas, industriosas y alegres ciudades de España. El discreto embajador y humanista veneciano, Andrea Navagiero, que la visitó en 1527, calificala de «la mejor tierra que hay en Castilla la Vieja, abundante de pan, de vino,

<sup>1</sup> Registro 6 libro de cartas de Martín de Salinas, fol. 123. (Biblioteca de la Real Academia de la Historia, C-71).

de carne y de toda cosa necesaria á la vida humana; es quizá (añade) la única tierra de España en que la residencia de la corte no basta para encarecer cosa alguna..... Hay en Valladolid artífices de toda especie, y se trabaja muy bien en todas las artes, sobre todo en platería. Suele estar allí la corte, y habitan de continuo muchas personas y señores, entre otros el conde de Benavente. Residen en ella muchos mercaderes, no sólo naturales del país, sino forasteros, por la comodidad de la vida y por estar cercanos á las famosas ferias de Medina del Campo, Villalon y Medina de Rioseco.... Hay hermosas mujeres, y se vive con menos severidad que en el resto de Castilla»<sup>1</sup>.

Tal era Valladolid antes del terrible incendio de 21 de Septiembre de 1561, que en breve espacio destruyó más de 400 casas, muchas de ellas de mercaderes, dando al traste con aquella antigua prosperidad y opulencia. Pero en sus gloriosos días juntaba cuanto puede dar animación y vida á un pueblo: el tráfico y movimiento cortésano, la asistencia de grandes señores, el bullicio de las escuelas, el esplendor de las artes suntuarias, abrillantadas por destrisimos orífices, plateros, cinceladores y hasta herreros, que con los mejores de Italia competían; y finalmente, la circulación de la riqueza en tantos mercados y ferias y mesas de negociantes flamencos, venecianos y genoveses. El lujo, la soltura de costumbres, la afluencia de extranjeros, todo debía contribuir á que se esparcieran rápidamente en Valladolid las ideas que por Europa venían haciendo su camino.

Quién fué allí el primer propagandista y dogmatizador, no puede decirse con seguridad, no sólo porque los procesados se acusan mutuamente y procuran descargar en los otros su tanto de culpa, sino porque parece muy verosímil que simultáneamente, y por efecto de iguales lecturas, germinasen las mismas ideas en varias cabezas.

Dícese, generalmente, que el Dr. Agustín de Cazalla, canónigo de Salamanca, esparció las primeras semillas de Reforma protestante en Castilla la Vieja. Había nacido en 1510<sup>2</sup>. Era hijo de Pedro de Cazalla, contador real, y de doña Leonor de Vibero, ricos uno y otra, aunque infamados por judaizantes en la Inquisición de Sevilla. Á los diez y siete años, poco más ó menos, comenzó á estudiar artes

<sup>1</sup> Il Viaggio fatto in Spagna, et in Francia, del Magnifico M. Andrea Navagiero, fu oratore dell' Illustrissimo Senato Veneto..... In Vinegia, appresso Domenico Fabbri, 1563 (pág. 34, vuelta 36). Compárese la traducción del Sr. Fábic en el tomo de Viajes por España (Libros de Anales), págs. 322 á 324.

<sup>2</sup> Constan todos estos datos en declaración suya de 17 de Mayo.



en el Colegio de San Pablo, de Valladolid, bajo la disciplina de fray Bartolomé de Carranza, con quien además se confesaba. De Valladolid pasó á Alcalá, y allí estuvo hasta los veintiseis años; en 1530 se graduó de Maestro en Artes, el mismo día que Diego Laínez, jesuita despues, segundo general de la Orden, y una de sus mayores glorias<sup>1</sup>. En 1542 el emperador nombró á Cazalla predicador y capellan suyo, y es unánime el testimonio de los contemporáneos en ponderar su oratoria. «Excellentissimo theólogo y hombre de gran doctrina y eloquencia» le llama Juan Cristóbal Calvete de Estrella en la *Relacion del felicissimo viaje del Príncipe D. Felipe á la Baja Alemania*<sup>2</sup>. «Predicador del Emperador, de los más eloquentes en el púlpito de quantos predicaban en España», dice el Dr. Gonzalo de Illescas, en su *Historia Pontifical y Católica*. «Gran letrado, Capellan del Rey y predicador», escribe Luis Cabrera de Córdoba en la de Felipe II.

Viajó Cazalla con el César nueve años por Alemania y Flándes, hasta 1582, en que volvió á España. Residia habitualmente en Salamanca, haciendo cortos viajes á Valladolid. Es opinion comun, y á primera vista probable, que, cuando vino á la Península, estaba ya contagiado de la lepra luterana. Así lo afirma Cabrera: «Se estragó en Alemania, cuando en ella estuvo»<sup>3</sup>. Pero sin negar yo que entonces comenzara á pervertirse, me inclino más á la relacion de Illescas, que le supone catequizado *por la persuasion y mal consejo* de D. Carlos de Seso, vecino de Logroño, *hombre lego y mal sabido*<sup>4</sup>. Y en efecto, todas las declaraciones de los protestantes vallisoletanos presentan á este D. Carlos como un fanático propagandista, al paso que Cazalla era hombre de carácter débil y condicion liviana, fácil

<sup>1</sup> Vid. la *Cronohistoria* del Padre Alcázar, tomo I, fol. 50. «Vino Diego Laínez á esta Universidad á estudiar filosofía..... Salió segundo en la licencia de Artes (primero el Dr. Catalia, quemado en Valladolid)». Lo copia Portilla en su *Historia de Alcalá* (1738), pág. 22 del tomo II.

<sup>2</sup> *El felicissimo viaje del muy alto, y muy poderoso Príncipe Don Felipe, hijo del Emperador Don Carlos Quinto Maximo, desde España á sus tierras de la Baja Alemania, con la descripcion de todos los Estados de Brabante y Flandes, escrito en quatro libros por Juan Christoval Calvete de Estrella. En Amers, en casa de Martin Nucio, 1552.* (Lib. IV, fol. 325 vto.)

<sup>3</sup> La Inquisicion mandó borrar en sus Indices estos elogios y los que el mismo autor hace de Constantino.

<sup>4</sup> *Historia de Felipe II*..... (Nueva edicion, Madrid, imp. de Aribau, 1876, pág. 250 del tomo I). Cabrera está poblísimo en la relacion de estos acontecimientos.

<sup>5</sup> *Historia Pontifical y Católica* (la primera edicion es de Salamanca, 1574), pág. 337: *Del conigo notable que se hizo en Castilla de algunos herejes lateranos, que trataban de alterar estos Reynos secretamente.* Enay Luis de la Cruz lo confirma en una carta al Arzobispo Carranza:

«Doña Beatriz de Vintero confesó que habia engañado á Fr. Domingo; Padilla fué engañado de D. Carlos. El Dr. Cazalla, de D. Carlos de Seso é de Pedro su hermano; Juan de Vintero é su mujer, é doña Constanza é su madre la vieja doña Leonor, del Dr. Cazalla; doña Catalina de Ortega, de Juan Sanchez, y estos todos engañaron al pintero Juan Garcia. É Fr. Domingo á sus hermanos y sobrinos; Padilla á los de Zamora. Con todo esto se arde Valladolid en fuegos vivos.» (Proceso de Carranza, tomo I.)

en dejarse arrastrar de cualquier viento, pero inhábil para convertirse en cabeza de motin ni corifeo de secta. Le despenó la vanidad pueril de ser en España lo que Lutero habia sido entre los alemanes: como si el récio temple del alma del fráile sajón pudiera comunicarse á la suya, flaca y pobre. No hay dón más terrible que el de la palabra cuando va separada del buen juicio; y la cabeza del doctor Cazalla, como la de muchos oradores y hombres de pura imaginacion, tenia poquísimo lastre, y adolecia de vértigos y vanidades femeninas. Á todo esto se agregaba el no haber sido premiado por Carlos V como él en su presuncion creia merecer.

Personaje muy distinto fué D. Carlos de Seso. No pertenecia á la noble familia de Sessé, ó á lo ménos sus descendientes lo negaron siempre<sup>1</sup>; pero era de estirpe italiana no poco esclarecida, natural de Verona, y habia servido con reputacion de valor en los ejércitos de Carlos V. Por su casamiento con doña Isabel de Castilla estaba enlazado con una rama bastarda del rey D. Pedro. Era vecino de Villamediana, cerca de Logroño, y habia sido corregidor de Toro; oyó en Italia á algunos predicadores la doctrina de la justificacion<sup>2</sup>, y puso muy luego empeño en propagarla, siendo uno de sus primeros discípulos Pedro de Cazalla, cura del lugar de Pedrosa y hermano del Dr. Agustin. Así consta en una declaracion suya de 4 de Mayo de 1558, inserta en el proceso del Arzobispo Carranza: «Habrán cuatro años que, comunicando con D. Carlos de Seso, un caballero cuya amistad de más de catorce años tengo, me dijo que creyesse que á nosotros los hombres fueron hechos é cumplidos los prometimientos, en los cuales se nos prometió é dió Jesuchristo, para que el que en él creyesse hubiese la vida eterna, y que esta fé habia de ser tal que la precediese la penitencia, conviene á saber la remision del pecado y dolor é arrepentimiento dél é el conocer la imposibilidad que de nuestra parte habia para remediarle, sino en abrazando la pasion é muerte de nuestro Señor Jesuchristo, é aceptándola por nuestra comoda del padre eterno, y que desta fé para ser viva é justificativa habian de seguirse obras cristianas, conviene á saber la observancia de los mandamientos, lo cual, como fuese doctrina que me hazia fiar de Dios mucho é tener de él buen crédito como de buen padre, y no me quitasse el obrar bien, antes me pusiese obligacion dello, abracé

<sup>1</sup> En el libro de la *Cosmografia Universal del Mundo*, del Dr. Jusepe de Sessé (Zaragoza, 1679), el autor se esfuerza en probar que no tenia parentesco ninguno con el excomulgado herejia.

<sup>2</sup> Lo dice él mismo en su declaracion (que luego citaré), inserta en el primer tomo del *Proceso de Carranza*: «Yo oí predicar la justificacion en Italia, y de ella inferí lo demás.»



y dióme satisfaccion..... Me dixo el dicho D. Cárlos que con esta fé é crédito que de Dios habíamos de tener é confianza en la muerte de su hijo, no se podía compadecer el purgatorio. Porque de tal suerte habíamos de creer ser perdonados é reconciliados con Dios, mediante la muerte de su hijo, que ninguna cosa quedase que no se nos perdonaba..... la qual proposicion, como fuesse contra la determinacion de la Iglesia, me causó escándalo é afliccion, y esta plática no pasó adelante por entonces..... Y como el dicho D. Cárlos me quedase con escrúpulo y desasosiego, por una parte viéndome obligado á denunciar de él, é por otra forzándome el amor que le tenia á no lo haazer, vine aquí á Valladolid, é comuniqué el negocio con Fr. Bartolomé de Carranza <sup>1</sup>, é me acuerdo..... que dixo, luego que yo le propuse el caso, sin saber la persona: «¡Oh váleme Dios con hombres que descienden á tantas particularidades!» Preguntóme quién era, é yo se lo dixé. Mandóme le llamase ante S. S., é todos tres tratamos del negocio. Yo propuse lo que el mesmo D. Cárlos me habia dicho, é por los mismos términos é palabras. El dicho D. Cárlos dió al señor Arzobispo (Carranza) algunas razones que le movian á creer lo ya dicho, las quales no le confutó el señor Arzobispo, antes se divirtieron en hablar de algunos doctores de Alemania. En conclusion, el dicho señor Arzobispo me mandó no hablase más en el negocio ni dello hiziesse escrúpulo, é no vió más al dicho D. Cárlos ni á my, porque S. S. estaba de partida para Inglaterra.»

..... De allí á un mes que esto pasó, fué proveydo el dicho don Cárlos por corregidor de Toro, que es tres leguas de Pedrosa, de donde yo soy cura. Al qual dicho D. Cárlos comunicaba yo como antes, con propósito de no tratar más con él en la materia pasada, ni él la trataba conmigo. Acaeció que un dia, estando yo solo junto á la puerta de mi iglesia, pensando en el beneficio de Jesuchristo é su muerte, se me ofreció que no habia por qué pararse en negar el purgatorio. Y para esto se me ofrecieron algunas razones. La primera, que creyendo no le haber, confesábamos de Dios haber recibido mayor misericordia, é ser la pasion de Jesuchristo abundante para toda remision; la segunda razon que se me ha ofrecido fué no hallar en el Evangelio <sup>2</sup> ni en St. Pablo <sup>3</sup> nombrado expresamente este lugar del

1 Las cosas del Arzobispo Carranza quedan reservadas para el capítulo siguiente. Aquí sólo transcribiré las que sean de absoluta necesidad para comprender la historia de los protestantes vallisoletanos.

2 «Y aquello de San Mateo, 12: «Non remittitur ei neque in hoc saeculo, neque in futuro»

3 «Y el «Si cujus opus arserit, detrimentum patietur, ipse autem salvus erit, sic tamen quasi per ignem» de la epistola primera Ad Corintios, 3»

purgatorio, como en muchos lugares está nombrado expresamente el cielo y el infierno. Lo tercero que se me ofreció fué acordarme del poco ó ningun escrúpulo que el señor Arzobispo habia hecho del caso, ni ponerme obligacion de denunciar del dicho D. Cárlos, sabiendo S. S. que habia yo entendido no quedar el dicho D. Cárlos reducido en aquel caso de la plática que allí pasó..... lo qual todo junto me venció para que yo creyese no haber el dicho purgatorio..... En todos los artículos que deste se infieren, como es el de la potestad del Sumo Pontífice y lo de las indulgencias é confession vocal, no hize aquella parada que en este primero, ni tampoco me parecia haber dificultad en negarlos, por ser tan correlativos al ya dicho, y nunca de ellos traté.....»

«Las personas con quien particularmente traté de esta materia fué con el dicho D. Cárlos y con el bachiller Herrezuelo, un letrado de Toro, no para que yo se la enseñase, sino estando él en ello, comunicó lo de la justificacion conmigo. Tambien digo que un Christóbal de Padilla, que era criado de la marquesa de Alcañices, pasó dos ó tres veces por mi casa, é me habló en la mesma materia, é yo le reprehendí el atrevimiento que tenia en hablar, y le rogué no lo hiziesse..... Tambien trató conmigo esta materia un criado que yo tuve que se llamaba Juan Sanchez, é no sé dó la recibí, al qual traté con la misma aspezeza, por la qual aspezeza se salió de mi casa, é yo me holgué dello..... Fray Domingo de Rojas, fraile dominico, hijo del marqués de Poza, pasando mucho há por mi casa, porque habíamos sido compañeros en el estudio y era mi amigo, le traté de la mesma materia, é antes que yo le apuntase el artículo del purgatorio me salió á ello, y estaba en ello. É me acuerdo que me dixo cómo él habia más de catorce años que lidiaba dentro de sí con esta materia, y que comunicando una vez con el Arzobispo de Toledo el artículo de la justificacion, *el qual el dicho Fr. Domingo habia recibido é aprendido de Carranza*, le dixo el dicho Fr. Domingo: «No sé, padre, cómo se puede compadecer este artículo de la justificacion con el purgatorio; y que el dicho Arzobispo le habia dicho: «No es muy gran inconveniente que no le haya»; de lo qual el dicho Fr. Domingo se alteró é alegó la autoridad de la Iglesia, y el dicho Arzobispo le respondió: «Bien está, que no sois capaz aún de estas verdades.....» <sup>1</sup>

Larga ha sido la cita: válgame el que es inédita, desconocida y muy sustanciosa. Además de la siniestra luz que derrama sobre el

1 Academia de la Historia: *Traslado del cuaderno primero del proceso contra el Arzobispo D. Fr. Bartolomé de Carranza de las testificaciones de su causa.*



negocio de Carranza, prueba con toda evidencia que no fué el doctor Agustín el primer predicador luterano en Castilla la Vieja; que tampoco empezó el movimiento en Valladolid, sino en la Rioja y en Toro; y que á un mismo tiempo, y sin saber unos de otros, cayeron en la herejía D. Carlos de Seso, el bachiller Herrezuelo y Fr. Domingo de Rojas, pervertido, ó no, por el Arzobispo Carranza: punto que examinaremos en el capítulo que sigue.

Toda la familia de los Cazallas, inclusa su madre doña Leonor de Vibero, y sus hermanas doña Constanza y doña Beatriz, tomaron partido por los innovadores, y comenzaron á esparcer secretamente la mala semilla. Era grande á la sazón el número de beatas iluminadas, latiniparlas, bachilleras y marisabidillas que olvidaban la rucua por la Teología, y entre ellas y en los conventos de monjas se hizo el principal estrago. Fué una de las primeras víctimas doña Ana Enriquez, hija de los marqueses de Alcañices, doncella de veintitres años de edad y de extremada hermosura<sup>1</sup>. La cual, en su declaración de 23 de Abril de 1558, hecha en la huerta de su madre ante el licenciado Gulielmo, inquisidor, dá estos curiosísimos pormenores:

«Vine á esta villa (de Valladolid) desde Toro, por la Conversion de San Pablo, é luego doña Beatriz de Vibero me habló é me persuadió á que la verdad del espíritu y salvacion la habia ya descubierto y que tenia certidumbre de su salvacion é de estar perdonada de Dios por solos los méritos de la pasion de J. C. é porque ella ya tenia á J. C. recibido por la fé, é que esto llamaba vestirse de J. C., porque ya estaban hechos miembros de Christo y eran hermanos suyos é hijos de su Padre por su redempcion, y ella me dijo entonces muchos errores, que toda la vida passada era cosa perdida y las devociones é todas las cosas santas que hasta aquí teníamos..... y que solo lo que habíamos de tener era todos los merescimientos de J. C. é su passion, é que en Él teníamos sobra de justicia para salvarnos. Y escandalizándome yo de esto por echar á mal las obras, me dixo que, despues de recibido á J. C. en espíritu, eran buenas las obras para agradecer á Dios la merced que nos habia dado, aunque no eran bastantes, y que en todo habíamos de parecer hijos de tal padre é hazer lo que por su espíritu nos mostraba é guiaba. É yo entonces le dixe, á lo que creo: «¿Qué es esto que dizen que hay herejes?» Y ella me respondió que aquellos eran la Iglesia y los santos. É entonces yo dixe: «¿Pues el Papa?» Y ella me dixo: «El espíritu de Dios: aquí está el

<sup>1</sup> *Mosa hermosa*, se la llama en las relaciones del auto.

«Papa», diziéndolo por los que estaban alumbrados. É que lo que yo habia de hazer era confessarme á Dios de toda mi vida, é tener por perdido lo más santo de todo lo passado..... é que no habia de confessarme á hombres que no tenían poder para absolver, y que esto se habia de creer é habia de recibir con la fé, y que despues se veria claro. É yo le pregunté: «¿Pues lo del purgatorio y las penitencias?» É ella me dixo: «No hay purgatorio ni otra satisfaccion sino recibir á J. C. con la fé, y se recibe con el perdon de los pecados y toda su »justicia». Yo, probando á hazer esto que me dezía de la confession é de recibir así á Christo y de estar satisfecha de esto, no podia acabarlo conmigo enteramente, aunque con todo eso, sin otra persuasion, me confessé con un fraire como antes, solo por cumplimiento, y no le dixe ni descubrí ninguna de estas cosas al confessor. É tambien la dicha doña Beatriz de Vibero me dixo que de la Comunión no se daba sino la mitad: que daban el cuerpo y no la sangre..... y que era un sacrilegio poner allí en la Iglesia el Sacramento. É yo no estando determinada á esto, por tener muchas dudas en ello, é gran trabajo de espíritu, acordé de esperar al Padre fray Domingo de Rojas, y estarme así hasta que él me satisfiziese, y venido él..... en la Cuaresma passada, con lo que me habló é me declaró todo lo de arriba que la dicha doña Beatriz me habia dicho, quedé satisfecha é lo creí así realmente. Él me dixo que del Luthero tenia grande estimacion y era santísimo, que se puso á todos los trabajos del mundo por decir la verdad, é díxome que no habia más de dos sacramentos, que era el baptismo é la Comunión, y que en esto de la Comunión no estaba Christo del arte que acá tenían, porque no estaba Dios atado, que despues de consagrado no pudiese salir de allí..... y que idolatrabán adorándole, porque no adoraban sino el pan, é me dixo que adorar el crucifijo era idolatría, é así mesmo el dicho fray Domingo una noche me leyó en un libro de Luthero, que trataba de las buenas obras que el christiano habia de hazer..... é así mesmo me dixo que, despues de venido Christo é hecha la Redencion, nos habia librado de toda servidumbre, de no ayunar ni hazer voto de castidad..... ni otras obras por obligacion, é que en las Religiones se hazian mil sacrilegios, é que lo peor de todo era dezir Misa, porque sacrificaban á Christo por dineros, é que si no fuese por escándalo, que no traería hábitos»<sup>1</sup>.

Júzguese cómo quedaria el espíritu de la pobre muchacha despues

<sup>1</sup> Esta declaración y otras tres de doña Ana se leen á continuación de la de Pedro de Cazalla en el tomo I de *Testimonios del Proceso de Carranza*.



de tales coloquios y de otros que tuvo con el bachiller Herrezuelo y con Francisco de Vibero: añadiéndose á todo esto la asidua lectura del *Cathecismo* de Carranza, que éste había tenido cuidado de mandar en pliegos, desde Flándes, á la marquesa de Alcañices, madre de doña Ana. Baste decir que ésta se convirtió tambien en doctora, y persuadió á su tia doña Maria de Rojas, monja en Santa Catalina de Valladolid, que «no había purgatorio»<sup>1</sup>. Las monjas de Belén cayeron todas en la misma herejía, y en uno y otro convento se recibían y leían los libros de Carranza, los de Valdés y otros de sospechosa doctrina<sup>2</sup>.

Una de las luteranas más fervorosas y activas fué doña Francisca de Zúñiga, beata, hija de Alonso de Baeza, contador del rey. Cuando oyó por primera vez á Juan Sanchez lo del purgatorio se escandalizó mucho; pero Cazalla (Pedro) le quitó el escrúpulo, contándole lo que le había pasado con D. Carlos de Seso y el Arzobispo, y acabó de decidirla Fr. Domingo de Rojas. Á la marquesa de Alcañices no se atrevió á hablarla, esperando la venida del Arzobispo de Toledo, á quien ella daba mucho crédito<sup>3</sup>.

Casi todos los Rojas, entre ellos D. Pedro Sarmiento y el heredero del marquesado de Poza, eran de la grey luterana.

Procuró Fr. Domingo, aunque sin éxito, en un corto viaje que hizo á Aragon, persuadir á la santa y venerable duquesa de Villahermosa, doña Luisa de Borja, hermana de San Francisco, introduciéndose en su casa só pretexto de traerle nuevas de su marido, que estaba en Flándes. Pero (según narra el Padre Muniesa en la biografía de aquella señora) «halló tan cerrada y tan pertrechada su alma con su constante fé y solidez de espíritu, que perdió las esperanzas de poder abrir brecha ni hacer mella en muralla tan fuerte y firme. Contentóse entonces con visitarla de cuando en cuando, y hablar de cosas espirituales..... Pero la venerable duquesa, ya por las afectadas razones del sugeto, ya por los rumores de lo que con otras personas se atrevía él á platicar, ya por luz particular del cielo, comenzó á conocer su mal espíritu y depravados intentos. Con que no solamente le cerró la puerta de su palacio, sino que hizo diligencia para que persona tan perniciosa dejase el reino y se apartase muy aprisa.» Y advierte el biógrafo que fué éste gran beneficio para el reino de Aragon,

<sup>1</sup> Tercera declaracion, id. id.

<sup>2</sup> Declaracion de doña Francisca de Zúñiga.

<sup>3</sup> Declaracion de Isabel de Estrada. Lo confirma el mismo Rojas en la suya, añadiendo que su hermana «nunca salía de entre fránics».

donde ya iba cundiendo el daño<sup>1</sup>. Y cuando prendieron á Rojas, exclamaba doña Elvira de Medinilla, dama muy confidente de la duquesa: «¡Quién creyera que el maestro Fr. Domingo era por adentro tan diferente de lo que mostraba por de fuera!»

Entre tanto D. Carlos de Seso, aunque en sus declaraciones protesta vanamente que «nunca fué su intencion dogmatizar ni presumir de enseñar, ni jamás hizo juntas de nadie para efecto de hablarles en estas ni otras pláticas, sino que, si venia ocasion de hablar en cosas de Dios, hablaba lo que se le ofrecia, sin tener arte ni propósito alguno particular»<sup>2</sup>, no se descuidó de traer á su partido, entre otras mujeres, á su sobrina doña Catalina de Castilla, moza de unos veinticuatro años. «Yo tenia muy gran deseo de servir á Dios, é así pregunté á D. Carlos cómo le podria servir mejor..... y el dia de San Juan del año de 57, él estaba leyendo en un libro, y dixo que si yo le prometia é juraba de no decirlo á nadie, ni á mi marido, aunque me casasse, que él me lo leeria, é me diria qué queria decir, é yo se lo prometí así, y entonces leyó el libro, que era escripto de mano y en lengua castellana, y lo que contenia el libro era de la justificacion por el beneficio de Cristo.»

En Zamora la propaganda tenia un carácter ménos aristocrático. El dogmatizador era Cristóbal de Padilla, criado de la marquesa de Alcañices. Sabemos por una declaracion de doña Antonia de Mella, mujer de Gregorio Sotelo (en 15 de Abril de 1558), que «Padilla fué á casa de esta declarante, é leyó una carta que dixo que era del maestro Ávila, é la leyó á esta declarante é á su marido, é lo que se contenia en la carta parecian buenas cosas, y el dicho Sotelo se la pidió, y el dicho Padilla no se la quiso dar, pero le ofreció un traslado. É pasados ciertos dias, volvió Padilla é leyó á esta que declara y á la mujer de Robledo una carta, que tambien dixo que era del maestro Ávila, que trataba de la misericordia de Dios, é desque la acabó de leer, dixo á la mujer de Robledo que dixesse á su marido que *revocasse* (es decir, que abandonase) su penitencia, porque Dios la habia hecho por todos», etc. «Otro dia volvió con un librico escripto de mano, en que se expresaban los artículos de la fé, enderezándolos á la justificacion», y dijo que se los habia dado Fr. Domingo de Rojas, aunque luego confesó en secreto á várias mujeres que

<sup>1</sup> Vida de la V. y Excma. Sra. D.<sup>a</sup> Luisa de Borja y Aragon, Condesa de Ribagorça, Duquesa de Villahermosa, disuelta por el R. P. Tomás Muniesa, de la C. de Jesús. (Zaragoza, Pasqual Bueno, 1691).—Reimpreso en Madrid, 1876, por solicitud de mi amiga la señora condesa de Guíqui, descendiente de la venerable duquesa.—(Págs. 142 á 146).

<sup>2</sup> Declaracion de 30 de Junio, en el tomo primero de *Testimonios del Proceso de Carranza*.



él mismo los había compuesto, y que aún no los tenía acabados. Al cabo observó que le ponían mal rostro en casa de Sotelo, y buscó fortuna por otra parte.

Los protestantes de Valladolid formaban un conventículo ó *iglesia secreta*, cuyas reuniones se celebraban en casa de doña Leonor de Vibero, madre de los Cazallas. «Comulgaban en la comunión de casa de Pedro de Cazalla», dice un testigo, Francisco de Coca, en declaración de 30 de Abril de 1558. El mismo nos informa que Ana de Estrada, Catalina Becerra, Sebastian Rodriguez y otros asistentes á estas secretas reuniones, no pensaban como los demás..... y les reprendían por meterse en cosas que no entendían.

Es de presumir que Padilla, Herrezuelo y D. Carlos de Seso habían organizado en Zamora, Toro y Logroño pequeñas congregaciones, hijuelas de ésta de Valladolid; pero antes que la organización de la secta llegara á hacerse regular, ni á extender sus hilos, vino á ahogarla en su nacer la poderosa mano del Santo Oficio.

### III.—DESCUBRIMIENTO DEL CONCILIÁBULO LUTERANO DE VALLADOLID. —CARTAS DE CARLOS V.—MISION DE LUIS QUIJADA Á VALLADOLID

**S**i hubiéramos de creer al carmelita granadino Fr. Francisco de Santa María, autor del peregrino libro intitulado *Reforma de los dascalzos de Nuestra Señora del Cármen*<sup>1</sup>, nadie habría influido tanto en el descubrimiento de las herejías de Cazalla como la famosa doña Catalina de Cardona (comunmente llamada *la buena mujer*), aya que fué de D. Juan de Austria, fundadora del convento de Nuestra Señora del Socorro en la Nava del Rey, y muerta en olor de santidad en 11 de Mayo de 1577, despues de haber pasado por extrañas y novelescas vicisitudes, como la de hacer por tres años vida eremítica en hábito de hombre.

Era esta señora, por los años de 1557, dama de la princesa de Salerno, mujer del prócer napolitano D. Fernando San Severino, la cual, en reclamacion de sus bienes dotales, confiscados juntamente

<sup>1</sup> Me comunicó extractos de esta obra mi amigo D. Adolfo de Castro. Se titula: *Reforma de los dascalzos de Nuestra Señora del Cármen de la primitiva observancia, hecha por Santa Teresa de Jesús nuestra madre, en la antiquísima religion fundada por el gran profeta Elias*. Escrita por el Padre fray Francisco Santa María, su general historiador, natural de Granada. (Madrid, 1644, 149. 383.)

con los de su marido por haber entrado éste en una conjuración contra los españoles, había acudido á Valladolid, pidiendo justicia al nuevo monarca Felipe II. Frecuentaba mucho la casa de la princesa el Dr. Agustín Cazalla, y oía sus sermones la de Salerno con particular afición, *porque era agudo, elocuente, decididor y muy donairoso en su habla*. Nada de esto agradaba á doña Catalina, y ménos que nada el modo que tenía de engrandecer las misericordias de Dios y encumbrar los méritos de Cristo, y lo que por nosotros satisfizo. En sus sermones todo era gloria, todo era anchura, todo libertad, con que llevaba tras sí y arrastraba todo lo licencioso de la corte, y de los que quieren hacer á la anchura virtuosa, y buscan quien les dilate las conciencias, aunque ellas den latidos, descubriendo el daño.

Doña Catalina se percató muy luego de los intentos heréticos, y convertida en ángel de guarda de la princesa, mostraba mal gesto á Cazalla y contradecía sus opiniones. La princesa llevaba á mal que una pobre mujer llevase la contra á tan gran doctor; pero doña Catalina le respondía: «Mire V. E. que el amor sin temor es despeñadero; que si hay gloria, hay infierno y juicio; que Cristo una vez sola descubrió su gloria, y toda su vida penas, cruz, penitencia y pobreza..... El espíritu me dá que por este hombre habla Satanás: yo no puedo dejar de ladrar: cada uno mire por su obligacion.»

Cazalla quiso dar una lección á doña Catalina, y en el sermón de las tres Marías que predicó (y fué el último suyo) el día de Resurrección, reprendió la bachillería é impertinencia de las mujeres que disputaban con los teólogos. Mientras él hablaba, le pareció á doña Catalina ver salir de su boca *borbollones de fuego envuelto en humo, y olores de piedra azufre*, y así se lo dijo por la tarde, delante de la princesa, que mandó callar á entrambos cuando la disputa comenzaba á encreparse.

Pero doña Catalina no se aquietó, y (como refiere su biógrafo) «no cesando el espíritu que en la virgen hablaba, decía á voces que aquel era hereje luterano; que el fuego que de su boca salía le había de quemar; que confiaba en Dios que no había de predicar más sermones. Escandalizóse la gente con esto, y las simples mujeres se apartaban y murmuraban. Había echado Cazalla para el sábado siguiente sermón, y convocósele la corte para oírle. Algunos le habían delatado al Santo Oficio..... Fué la princesa al sermón, acompañada de sus damas y doña Catalina..... Comenzóse la misa, y vueltas á doña Catalina las que acompañaban á la princesa, con rostro y con ademanes daban á entender que había sido engañada al decir que no ha-



bía de predicar más Cazalla. Ella, muy quieta y sin turbación alguna, se volvía á confirmar en lo que había dicho. Cuando había de pedir la bendición para subir al púlpito, llegó un ministro de la Inquisición diciendo no esperasen al Dr. Cazalla, porque el Santo Oficio le tenía preso. Levantóse luego en la iglesia un sordo murmullo.... que descubrió más en público la mala doctrina del hereje. La princesa, llena de admiración, refirió todo lo sucedido, y con esto creció mucho la fama de santidad de doña Catalina, y creyeron todos que tenía don de profecía.

El lector dará el crédito que guste á esta piadosa anécdota, que he querido referir con las mismas palabras con que la cuenta el piadoso cronista del Carmen. Veamos ahora lo que resulta de documentos contemporáneos y oficiales.

El inquisidor general D. Fernando de Valdés, Arzobispo de Sevilla, con quien tantas veces hemos de tropezar en el curso de esta historia, dirigió en 2 de Junio de 1558, apenas descubierto el cónclave luterano, una fiel, aunque demasiado sucinta relación de todo, al emperador Carlos V, retirado á la sazón en el monasterio de Yuste<sup>1</sup>. Lo que dice concierne admirablemente con las declaraciones y cartas de los mismos procesados, insertas en la causa de Carranza<sup>2</sup>.

«Vino á mi noticia (dice el Arzobispo) que algunas personas, en gran secreto y con color de enseñar y predicar cosas que parecían santas y buenas, mezclaban otras malas y heréticas, lo cual iban haciendo poco á poco, según hallaban la disposición en las personas que tentaban. Esto entendí de algunas personas que se habían escandalizado de lo que les comenzaban á enseñar, aunque no se había pasado con ellos muy adelante. Á estas personas se les mandó que

<sup>1</sup> Publicada por Gachard, págs. 419 á 425 del tomo II de su *Requête et mort de Charles-Quint au Monastère de Yuste. Lettres inédites publiées d'après les originaux conservés dans les archives royales de Simancas*.... Bruxelles, G. Muquardt, 1855.

<sup>2</sup> Corre entre los vallesolanos una tradición acerca de Cazalla, que el Sr. D. Matías Sangrador y Vitores, en su *Historia de la muy noble y leal ciudad de Valladolid, desde su más remota antigüedad hasta la muerte de Fernando VII* (Valladolid, 1851), tomo I, cap. XXIV, consigna en estos términos, y que también he oído repetir de palabra á algunos hijos de aquella ciudad:

«Es tradición, qué en la celda de la Platería y en la casa núm. 13 vivía Juan García, de oficio platero, uno de los iniciados en el luteranismo, que concurría á los conventículos que se celebraban en casa del Dr. Cazalla. Su mujer, advirtiéndole muchas noches que, después de recogerse su marido, volvía éste á salir de casa, movida de curiosidad, le siguió disfrazada, y observó que, llegando á una casa de la calle que es hoy la del Dr. Cazalla, llamó á la puerta, y que habiendo pronunciado una persona desde lo interior la palabra *Cánela*, y contestando su marido con la de *Cazalla*, le franquearon el paso. La mujer permaneció en aquel sitio por algún tiempo, y habiendo visto llegar á otras personas, y que, pronunciadas las mismas palabras, se les había permitido la entrada, hizo ella lo mismo, y se introdujo con gran recato entre los luteranos. Persuadida esta mujer de que todo lo que allí se trataba y aconsejaba era contra la fe católica, denunció estas nocturnas reuniones á su confesor, para que lo pudiese en conoci-

con todo secreto y disimulación volviessen á los enseñadores, que se lo habían dicho, como que deseaban entenderlo mejor y tomarlo por escrito.... y comunicar con las personas que mejor lo entendían. Esto se efectuó así, y subcidió bien, porque se fué aclarando algo más la materia, y se entendió por escrito y por cartas algunos malos errores que enseñaban y algunos de los autores de la doctrina; mas todavía se trataba con todo secreto y disimulación, porque se pudiese mejor entender y saber de más personas que fuesen participantes en ello.

«Estando los negocios en estos términos, sucedió que el Obispo de Zamora hizo publicar en su Iglesia ciertos edictos que se suelen publicar en quaresma, para que los que supieren de algunos pecados públicos ó supersticiones lo vengán diciendo: y desta ocasión algunas personas (*que debieron de ser Pedro de Sotelo y su mujer Antonia de Mella*) fueron á decir ante el Obispo contra un vecino de allí, que se llama Padilla, algunas cosas destos errores, y el Obispo le prendió y puso en su cárcel pública. Y como esto fué público, y el Padilla en la cárcel tuvo libertad de hablar con las personas que quiso y escribir cartas y avisos á otras partes; y aunque el Obispo lo hizo con buena intención, mas por no tener experiencia del secreto con que estas cosas se suelen tratar, subcedió mal, porque dió ocasión á espantar la caza; y así comenzaron á ausentarse algunas personas de las más culpadas, y pusieron al Arzobispo y á la Inquisición en mucho cuidado de comenzar luego á prender á algunos de los culpados, que fué al doctor Cazalla y á unos hermanos y hermanas suyas, y á su madre, y á D. Pedro Sarmiento, y á su mujer, y á doña Ana Enriquez, su sobrina, hija del marqués de Alcañices, y á D. Luis de

miento del Santo Oficio. El sacerdote, sea que participase de las nuevas doctrinas, ó que no quisiese tomar parte en un negocio de suyo tan delicado, se negó á ello; mas la mujer del platero, llevada de su ardiente celo por la religión, dió parte al Inquisidor mayor.... En la fachada de la casa donde vivió esta mujer se colocó para perpetua memoria deste suceso, una estatua que la representaba: en el día ha desaparecido, habiendo quedado únicamente la urna ó arco donde se dice que estuvo colocada.

Usóse tiene todo esto por inverosímil. Yo, desde luego, doy por falso lo de la contraseña y la estatua, pero no lo sustancial del caso, que está plenamente confirmado por una de las relaciones manuscritas (contemporáneas del auto) que citari luego.

«Para entender la causa que hubo de descubrirse esta malicia, se dice que algunas personas, que estuvieron y están presas, comunicaron sus opiniones con algunos confesores católicos.... y otros dicen que la mujer de Juan García, platero que quemaron, muñidor y llamador de los herejes conventuales, lo descubrió, diciendo que una noche siguió á su marido para ver á dónde iba, porque solía salir muchas veces de casa, y recelábase no fuese á alguna amiga; y visto que había entrado en una casa, se entró tras él y se quedó á la puerta de una pieza, á donde se entró su marido, y á donde vinieron otras gentes que estaban y ceremoniaban las cosas de aquella secta, y viendo lo que pasaba, entendió el hecho, fué á denunciarlo para descargo de su conciencia y honra de Dios nuestro Señor.»



Rojas, nieto del marqués de Poza y heredero de su casa, y á otros vecinos y vecinas de Valladolid y de Toro y de unos lugares de su tierra. Y tambien enviaron con gran diligencia á tomar los puertos para prender á los que se habian ausentado, y plugo á Dios que prendieron en Navarra á D. Cárlos de Sesso, vecino de Logroño, que fué corregidor en Toro; y á Fr. Domingo de Rojas, que iba en hábito de seglar: que fué gran ventura, porque ya tenian salvo-conducto del virey de Navarra para pasar en Francia, y llevaban cartas de encomienda de algunas otras personas para la princesa de Bearne y para las guardas de los puertos. Y así fueron traídos presos, y juntamente con el licenciado Herrera, alcalde de sacas en Logroño, que demás de ser participante en lo principal, habia disimulado y dado favor al fray Domingo y á D. Cárlos para pasarse. Trajeron al fraile con el mismo hábito que le tomaron de lego<sup>1</sup>, y así está en la cárcel, sin haberle consentido que tome sus hábitos. Trajéronlos con doce arcabuceros familiares del Santo Oficio, y á caballo venian los oficiales que se habian enviado á buscarlos. Y desta manera vinieron por todo el camino hasta Valladolid, sin consentir que se hablase uno á otro ni que otra persona alguna les hablase. Y por todos los pueblos donde pasaron salian muchas gentes, hombres y mujeres y muchachos á verlos, con demostracion que luego los quisieran quemar. El fraile traia gran miedo que sus parientes le habian de matar en el camino. Proveyóse que los metiesen en Valladolid de noche, por evitar que los muchachos y el pueblo no los apedreasen, porque segun la gente está indignada contra ellos, pudiera ser que lo hicieran.

«De todos los ausentados no se ha escapado sino uno, que aunque es hombre de baxa suerte, es muy culpado. Deste se tiene noticia. Embarcó en Castro-Urdiales en una *zabra* que allí tenia fletada un mercader flamenco, y quando llegaron los que iban en su seguimiento, era ya embarcado. Viéronse unas cartas suyas que escribia á una su devota que está presa, en que la avisaba como iba en aquella *zabra* á Flandes, á casa del Arzobispo de Toledo ó de Fr. Juan de Villagarcía, su compañero, á donde dice que seria bien recebido, y que allí le hallarian, y el nombre por quien habian de preguntar, porque se habia mudado su propio nombre. De todo esto se ha dado aviso al Rey nuestro señor y á su confesor, y tambien al capitan Pedro Menendez (de Avilés) que es ido allá y es hombre diligente, para que, si fuere posible, se prenda y se envíe acá.»

<sup>1</sup> Una de las relaciones manuscritas del auto dice que «fué preso en Navarra, en hábito de lego, vestido de verdoso, y un sombrero con plumas, y cadena de oro al cuello».

El fugitivo de quien habla el inquisidor, sin nombrarle, era Juan Sanchez, natural de Astudillo, criado que fué de Pedro de Cazalla y de doña Catalina de Ortega, otra de las afiliadas en la secta. Á ella dirigió desde Castro-Urdiales, en 7 de Mayo, la carta á que el inquisidor general se refiere, y que he tenido la fortuna de encontrar en el volúmen de *Testimonios* contra el Arzobispo Carranza (fól. 89 y siguientes):

«Señora mía é mi alma más que propia: yo estoy este dia de hoy muriendo cada momento por saber de vuestra merced, y en qué estado está el negocio, al qual el diablo se ha esforzado de meter cizaña, mas bendito sea Dios que aunque los electos pasarán trabajos, él quedará vencido y ellos con la vitoria. É pues á Christo le costó tan caro el Reino que era suyo, á los que por nuestra malicia somos echados dél no se nos dará de balde, é yo de mí sé dezir que, como bien sabéis, no habria para mí cosa que mayor muerte me diese, y esto no una vez sino cada momento, que verme apartado de vos.... Yo he andado más de ochenta ó noventa leguas de puerto en puerto por embarcarme, é no lo he alcanzado hasta agora, porque fuy derecho á Santander, é de ahí no hallando, fuy á Laredo. É tampoco ahí. Y vine á un puerto de mar que se llama Castro, donde plugo á Dios que hallase recaudo, é voy en una *zabra* que camina mucho por la mar é en compañía de muy buena gente, é principalmente llevo en mi compañía un mercader de Flandes, que ha tomado conmigo grande amistad.... Si Dios es servido que pase en Flandes, yo iré luego en busca del Arzobispo de Toledo é de Fr. Juan de Villagarcía, donde será bien recebido, y ellos, segund tengo nuevas, se vendrán presto á España, mas yo no me vendré con ellos, hasta tener nuevas ciertas de lo que ha passado é passa.... É yo me llamo por acá, porque me viene de mis abuelos, Juan de Vivar, y así diga el sobrescripto.... Á todos mis señores é á mi señora doña Beatriz beso sus manos: yo la escribo, é á mi señor Gaspar Díez, é á todos los demás é á doña Juana beso las manos, digo á doña Gerónima. De Castro á 7 de Mayo. Siervo de vuestra merced. Á mi señora doña Catalina de Ortega, en Valladolid, junto de palacio, en las casas en que moraba el duque de Alba.»

Al dia siguiente (domingo 8) volvió á escribirla:

«Señora, yo estoy esperando que haga bueno para mi viaje, y espero en Dios será pronto, de aquí á dos ó tres dias.... Voy en fé de Abraham á la tierra de Dios.... É si él fuere servido que mi vida se acabe en la mar, de todo soy contento, é hago gracias muchas á mi



Dios con fé viva..... Estoy aparejado de morir é vivir como christiano..... Mi hermana Juana haya esta por suya, con los correos que se partirán para la corte del Rey..... É ya dije que vengan las cartas á Fr. Juan de Villagarcía..... Á mi señora doña Beatriz beso las manos, juntamente con las vuestras é de todos esos señores..... Domingo, á ocho dias de Mayo, de Castro, un puerto de mar, de dó me parto para Flandres, si Dios así lo quisiere: si no hágase su voluntad. Vivo é más para vos que para mí.—*Juan de Vivar.*»

Y luego, á guisa de postdata: «Á doña Teresa dad esta é dezilda que la priesa fué tal é tormenta tan grande, que no me dió lugar á nada..... Á mis padres no escribo, ni los ví, por la priesa é temor con que de allí fui echado..... El tiempo me ha hecho tal desde el día que de allí salí, que todos los dias ha llovido.»

El mismo día, y repitiendo en sustancia lo mismo, escribió á una doña Beatriz, que es indudablemente la hermana de Cazalla: «No hay para mí contento mayor que verme con vuestra merced é con la señora doña Catalina, é nunca sentí mayor trabajo en mi vida ni le puedo sentir, como verme de vuestras mercedes apartado..... É aunque muera sin vuestras mercedes, esta vida presto se acabará, y nos veremos donde nos gozemos para siempre, sin que el diablo tenga envidia ni malicia..... Á mis señores Francisco Diez é Gaspar Diez y al señor Licenciado, beso mil veces las manos, con las de mi señora doña Ana é la señora doña Gerónima»<sup>1</sup>.

Para que á nadie sorprenda que, siendo Juan Sanchez hombre de baja condicion y suerte, criado de un párroco de lugar, se explicase con tanto comedimiento y buena cortesía, y mostrase tal delicadeza de sentimientos, conviene saber que, según declaración suya de 16 de Marzo de 1559, habia hecho, cuando mozo, algunos estudios, nada ménos que con el comendador griego Hernán Nuñez, en cuya casa estuvo dos años y medio, quizá como fámulo. «Y al cabo de este tiempo (añade con malicia), como aprendia poco, determiné de meterme fráile»; pero le disuadió Fr. Juan de Villagarcía, con quien se confesaba.

Todo lo que de él sabemos prueba que era hombre de natural despejo, y dogmatizante peligroso. Logró llegar á Flándes, pero en Turlingen le prendió el alcalde de corte D. Francisco de Castilla, y le remitió á la Inquisicion de Valladolid.

Las cárceles hervían de presos. «Cada día (escribe el inquisidor

<sup>1</sup> Estas cartas se leen á continuacion de las anteriores en el *Proceso de Carranza*.

Valdés) vienen nuevos testigos que se examinan con toda diligencia y secreto. Háse venido á presentar y está preso en la Inquisicion un caballero de Toro, que se llama Juan de Ulloa Pereyra, y otros se han dejado de prender, porque no hay cárceles adonde los puedan tener á buen recaudo, y por lo mucho que ha habido en que entender estos dias con los presos, y por los pocos oficiales que hay, porque de dos inquisidores de Valladolid el uno está en Ávila, entendiendo en otros negocios importantes, y no convino hallarse en estos, por algunos buenos respetos; y por esta falta se ha enviado al doctor Diego, inquisidor de Cuenca, para que venga á residir en esta de Valladolid; y tambien ha de venir otro de Murcia, porque más cerca no se hallaron otros inquisidores que fuesen al propósito de lo que ahora se trata. Tambien en el Consejo de la Inquisicion se ha hallado alguna falta de personas, porque los dos del Consejo Real que suelen acudir allí han faltado á esta sazón, porque Galarza es muerto, y Otálora há mucho tiempo que está enfermo y se fué á su tierra; y de los cuatro que quedan, el uno es teólogo, que puede ayudar poco en los negocios que agora se tratan, y de los tres que quedan, el Arzobispo ha proveído que D. Diego de Córdoba y Valdano vayan contino, mañanas y tardes, á la Inquisicion, á hallarse presentes, con el inquisidor, á las audiencias, y exámen y confesiones de los presos, y para visitar y proveer lo necesario al recaudo de las cárceles; y así se hace que casi todo el día y parte de la noche se ocupan en esto, y tambien va con ellos el fiscal del Consejo, para asistir con el fiscal de la Inquisicion, porque en todo haya mejor recaudo, por ser muchos los presos, y personas y negocios de cualidad.

«El Arzobispo (*es el mismo Valdés, que habla en tercera persona*) queda solo en el Consejo con Diego de los Cobos y con el Dr. Andrés Perez, teólogo, para despachar los negocios generales de las otras Inquisiciones; y cada día le vienen á dar cuenta de lo que se hace con los presos en la Inquisicion, y tambien el Arzobispo consulta con la serenísima princesa cada día lo que hay y lo que se hace, y tiene acordado con su alteza que cuando fuere menester que algunos del Consejo Real se desocupen y ayuden á estos negocios, lo hagan, y que, para cuando los procesos estén en términos de se ver y determinar, se llamen algunos de los oidores de la chancillería, como se suele hacer, y tambien algunos de los del Consejo Real, ó todos, si pareciere que conviene se hallen á ello; y demás desto, tambien está consultado á su alteza que, para más autoridad, al tiempo de



ver los procesos, se llamen los Obispos de Palencia y Ciudad-Rodrigo, que han sido del Consejo de la Inquisición»<sup>1</sup>.

Felipe II no estaba á la sazón en España. Gobernaba el reino en ausencia suya la princesa doña Juana. Carlos V seguía con avidez, desde su retiro de Yuste, todos los pasos del Santo Oficio en persecución de los reos, é instaba por un pronto y terrible escarmiento. Apenas el secretario Juan Vazquez de Molina le había comunicado desde Valladolid, en 27 de Abril de 1558, las primeras noticias de la prisión de Cazalla y sus hermanos<sup>2</sup>, escribió el emperador á la gobernadora para que se abreviasen los trámites de la causa en todo lo posible: «Y aunque soy cierto que, siendo esto cosa que toca tanto á la honra y servicio de nuestro Señor y á la conservación destos reinos, donde por su bondad se ha conservado tan bien lo de la religión, se hará para la averiguación de ello lo posible y aún más, os ruego quan encarescidamente puedo, que demás de mandar al Arzobispo de Sevilla que por agora no haga ausencia de esa corte, pues estando en ella se podrá proveer y prevenir á lo de todas partes, le encargueis, y á los del Consejo de la Inquisición, muy estrechamente de la mía, que hagan en este negocio lo que ven que conviene, y yo de ellos confío, para que se ataje con brevedad tan gran mal, y que para ello les deis y mandéis dar todo el favor y calor que fuere necesario, y para que los que fueren culpados sean punidos y castigados con la demostración y rigor que la cualidad de sus culpas merecerá, y esto sin excepcion de persona alguna; que si me hallara con fuerzas y disposición de podello hacer, también procurara de esforzarme en este caso á tomar cualquier trabajo, para procurar por mi parte el remedio y castigo de lo sobredicho, sin embargo de lo que por ello he padecido».

La princesa mostró esta carta al Arzobispo de Sevilla y á los del Consejo de la Inquisición, y el emperador volvió á escribir, todavía con más calor, severidad y amargura, en 25 de Mayo: «Creed, hija, que este negocio me ha puesto y tiene en tan gran cuidado, y dado tanta pena, que no os lo podría significar, viendo que mientras el Rey y yo habemos estado ausentes destos reinos, han estado en tanta quietud y libres de esta desventura; y que agora que he venido á retirarme y descansar en ellos y servir á nuestro Señor, suceda en mi

presencia, y á la vuestra, una tan gran desvergüenza y bellaquería, y incurrido en ello semejantes personas, sabiendo que sobre ello he sufrido y padecido en Alemania tantos trabajos y gastos, y perdido tanta parte de mi salud: que ciertamente, si no fuese por la certidumbre que tengo de que vos y los de los Consejos que ahí están, remediarán muy de raíz esta desventura, pues no es sino un principio sin fundamento y fuerzas, castigando los culpables muy de veras, para atajar que no pase adelante, no sé si tuviera sufrimiento para no salir de aquí á remediallo. Y así conviene que como este negocio importa más al servicio de nuestro Señor, bien y conservación destos reinos, que todos los demás, y por ser, como dicho es, principio y con tan pocas fuerzas que se puedan fácilmente castigar, así es necesario poner mayor diligencia y esfuerzo en el breve remedio y ejemplar castigo; y no sé si para ello será bastante el que en estos casos se suele usar acá, de que, conforme á derecho comun, todos los que incurren en ellos, pidiendo misericordia y reconociéndoseles, admiten sus descargos, y con alguna penitencia los perdonan por la primera vez, porque á estos tales quedaria libertad de hacer el mismo daño, viéndose en libertad, y aún más siendo personas enseñadas, exasperados de la afrenta que han recibido por ello, y en alguna manera de venganza; en especial siendo confesos, por habello sido casi todos los inventores de estas herejías. Pero esto parece que es diferente del fin con que se debió ordenar lo sobredicho, porque allende de ser casos tan enormes y perniciosos, que, según lo que me escribís, si pasara un año que no se descubriera, se atrevieran á predicallas públicamente: de donde se infiere el mal que tenían, porque está claro que no fueran parte para hacello, sino con ayuntamientos y caudillos de muchas personas, y con las armas en la mano. Y así se debe mirar si se puede proceder contra ellos como contra sediciosos, escandalosos, alborotadores é inquietadores de la república, y que tenían fin de incurrir en caso de rebelión, porque no se puedan prevaler de la misericordia.»

Recordaba tras esto las leyes severísimas de muerte en hoguera y confiscación de bienes que en Flándes había dado, ya que no pudo establecer allí la Inquisición por la resistencia de los naturales, fundada en que *no había judíos*; y concluía diciendo: «Me ha parecido avisaros y preveniros para que, comunicado con el dicho Arzobispo y los del Consejo de la Inquisición, y con quien más convenga, con que cesen las competencias que ha habido por lo pasado sobre las jurisdicciones, vean lo que sobre ello se puede y debe hacer: porque creed,

<sup>1</sup> Gachard, *Re traite et mort*.... etc., págs. 423 y 424 del tomo II.

<sup>2</sup> «Habrá cuatro días que, yendo el Dr. Cazalla á predicar á Belén, le prendieron y llevaron á la casa de la Inquisición, y luego á una hermana suya y otras mujeres de este pueblo, que tenían por muy recogidas.» (Gachard, *Re traite et mort*.... tomo I, pág. 288.)



hija, que si en este principio no se castiga y remedia, para que se ataje tan gran mal, sin exención de persona alguna, no me prometo que adelante será el Rey ni nadie parte para hacello»<sup>1</sup>.

El mismo día y las mismas cosas escribió á Felipe II<sup>2</sup>, y no satisfecho con todo esto, dió orden á su fiel mayordomo Luis Quijada de ir á Valladolid á tratar de ello en su nombre, y hablar á la princesa y al Arzobispo. Felipe II bendijo *el santo celo* de su padre, y mandó al Arzobispo y á los consejeros que dieran al emperador cuenta minuciosa de todo. «Y para que se pueda tractar y determinar este negocio, siendo de tan gran importancia, nos parece que converná llamar al Obispo de Jaen y á D. Diego de Córdoba, cuando sea consagrado, y á otros Prelados que han sido inquisidores, aunque estén en sus iglesias, por la larga experiencia que tienen destas cosas.»

Cárlos V no pensaba más que en «el negro negocio que acá se ha levantado»; pedía en todas sus comunicaciones *mucho rigor y ríco castigo*<sup>3</sup>, y á ello le movía, además del fervor cristiano, que fué grande en sus últimos años, el convencimiento que, como político escarmentado en los sucesos de Alemania, tenía de lo necesario de la unidad religiosa, como único medio de evitar la disgregación política.

Quijada no encontró en Valladolid á la princesa ni al Arzobispo de Sevilla, ni al presidente del Consejo, Juan de Vega, porque habían ido á pasar la Pascua de Pentecostés al Abrojo. Allí se avistó con ellos, y les encareció de parte de su amo «cuánto convenía que se diesen prisa, y llevasen el negocio por los términos más cortos, como se suele hacer con los confesos». El Arzobispo respondió «que muchas personas le habían dicho lo mismo, y áun que el pueblo lo decía públicamente, y de ello estaba muy contento, porque parecía no estar dañado y desear que de ellos se hiciese justicia; pero que no convenía, porque á hacerse con tanta brevedad, no se podía averiguar ni acabar de saber de raíz este negocio, el qual se había de entender de las cabezas; mas que hasta ahora le parecía que no convenía guiallo ni apretallo más de lo que se hacía, sino ir con ello de manera que se averiguase verdad, y que para sabella era necesario proceder conforme á la orden que en ello tenían, porque no confesando un día, lo harían otro, con persuasiones y protestaciones, y

<sup>1</sup> Gachard, tomo I, págs. 298 á 300. (Bruxelles, 1854.)

<sup>2</sup> Gachard, tomo I, pág. 302.

<sup>3</sup> Gachard, tomo I, págs. 302 y 303.

cuando no bastase esto, con malos tratamientos y tormentos, y que así se pensaba se sabría la verdad»<sup>4</sup>.

La verdad es que en este conflicto no había más que una sola voluntad, un solo deseo en España, y el emperador, y la gobernadora, y el inquisidor, y los Consejos, y el pueblo, caminaban en la más perfecta y soberana armonía. «Todos dan gracias á Dios por tomallo V. M. tan de veras, habiendo dejado todo lo demás, que ha sido causa de animallos para que con mayor cuidado y diligencia lo hagan, y ansimismo el pueblo, entendida la voluntad con que V. M. se ofrece de salir á tomar el trabajo, ha mostrado gran contentamiento», escribe Quijada en 10 de Junio.

Aunque el inquisidor general, de acuerdo con el Consejo de Estado, no levantó mano en las pesquisas<sup>5</sup>, Cárlos V no llegó á ver el castigo de los luteranos, porque falleció el 21 de Setiembre del mismo año 1558. Pero hasta el último momento manifestó odio encarnizado contra la herejía. Hablando con el prior de Yuste, Fr. Martin de Angulo, se lamentaba de no haber dado muerte á Lutero cuando le tuvo en sus manos en Worms<sup>6</sup>. Y en su codicilo, otorgado pocos días antes de morir, ordenaba á su hijo, *con autoridad de padre y por la obediencia que me debe*, que «castigase á los herejes con toda la demostración y rigor conforme á sus culpas..... sin excepción..... y sin admitir ruegos, ni tener respeto á persona alguna»<sup>7</sup>, y que honrase y protegiese al Santo Oficio. Sólo así prosperaría el Señor su reino y le daría victoria contra sus enemigos.

¡Noble y fiel soldado de la Iglesia hasta lo último, pudo cometer, y cometió, graves yerros políticos en los comienzos de la Reforma; pero su fé no flaqueó nunca, y ni el miedo ni el interés la torcieron!

<sup>1</sup> Carta de 1.º de Mayo de 1558, en Gachard, tomo I, pág. 289 y sigs.

<sup>2</sup> Para proceder con mayor rigor, obtuvo Valdes de Paulo IV, en 4 de Enero de 1559, unas Letras en forma de Breve, que le autorizaban para relajar al brazo secular á los herejes dogmatizadores, aunque no fuesen relapsos, y á los que mostrasen arrepentimiento equivoco y sospechoso de ser por miedo á la pena capital.

Por otra Bula de 7 de Enero, en vista de los gastos que había de ocasionar al Santo Oficio la instrucción de los procesos, persecución de los fugitivos y mantenimiento de los presos, se asignaban para este fin las rentas de un canonicato en catedral metropolitana, catedral ó colegial, y además un subsidio extraordinario de 100,000 ducados de oro sobre las rentas eclesiásticas.

<sup>3</sup> Sandoval, *Vida del Emperador Cárlos V*, tomo II, pág. 829. Toma sus noticias de un manuscrito del mismo Angulo.

<sup>4</sup> Sandoval, págs. 881 á 891, tomo II.